

órdenes, exigiendo, sin embargo, que el culto refractario se celebrase en las iglesias ordinarias y no en las capillas de los conventos, considerados por la imaginación popular como los focos misteriosos de la contrarrevolución. El directorio del departamento, por el contrario, intimó á la municipalidad en nombre de la tolerancia religiosa para que dejase á los curas rebeldes en completa libertad para celebrar sus conciliábulos donde quisieran. El joven poeta Andrés Chenier, órgano en esta parte de los Fuldenses y de los realistas en general, reclamó también tolerancia en nombre de la filosofía. Fué imitado y sobrepujado por el obispo constitucional Torné, que abogó por sus enemigos ante la Asamblea legislativa, con caridad verdaderamente magnánima.

Desgraciadamente se podría contestar á aquellos apóstoles de la tolerancia no con un argumento, sino con un hecho. Si los rebeldes querían la tolerancia en París, no la querían en Francia. No querían ser tolerados, sino reinar y perseguir, ejerciendo una especie de terror sobre los curas constitucionales. Todos las noches disparaban tiros cerca de los presbiterios y á veces apuntaban á las ventanas. El 16 de Octubre, en Beaujolais, vió el nuevo cura de una aldea al cura antiguo, que á la cabeza de quinientos montañeses que había buscado, invadía la iglesia y le arrojaba del altar. Este valiente cura se apoderó de la caja de los pobres que el cura constitucional había depositado en poder de las municipalidades. Muchos curas aterrados, y aun muchos magistrados municipales, presentaban las dimisiones. Estos últimos carecían de medios para asegurar la paz pública entre aquellas multitudes furiosas que amenazaban de muerte á los nuevos clérigos y á sus defensores. En algunas aldeas del Oeste los aldeanos comenzaban á desarmar á los guardias nacionales partidarios del clero constitucional. En la Vendée tres ciudades estaban sitiadas por aquellos aldeanos fanáticos cuyos antiguos curas se habían convertido en capitanes y generales.

No era posible cruzarse de brazos, como pedían fríamente los Sieyes y los Chenier, cuando habían comenzado las violencias, cuando las pretendidas víctimas inauguraban la guerra civil.

Los filósofos, preocupándose únicamente de los sucesos de París, no veían en aquel partido más que á algunos curas aislados, algunas pobres mujeres crédulas. Para los que veían la Francia, aquel gran partido sacerdotal, reanimado por el odio de la Revolución, asustaba por su violencia, por la potencia y variedad de sus recursos. Imperaba en todas partes, desde las cabañas hasta las Tullerías. Explotaba al rey de dos maneras á la vez, en el confesonario como penitente, en los sermones populares como mártir legendario. Se apoderaba del corazón de las mujeres lloriqueando siempre que hablaba del *pobre rey*, del *buen rey*, del *santo rey*, oponiendo al reinado de la justicia y de la Revolución una sublevación más temible: la de la piedad.

Por la íntima unión del rey con el cura acabó Francia por comprender que el rey era el enemigo.

Enemigo por naturaleza, por sus arrebatos bruscos y coléricos. Ya lo hemos visto el mismo día en que aceptó la Constitución, cuando la Asamblea, por la matanza del Campo de Marte y por la revisión, acababa de realzar al trono inmolándose ella misma, el rey lloró por una cuestión de etiqueta y por la noche, *ab irato*, escribió al emperador.

Enemigo por su educación y sus creencias; educado el rey por Vauguyon, el jefe del partido jesuíta fué siempre y cada vez más, á medida que aumentaba su desgracia, esclavo de los sacerdotes.

Enemigo por fin fatalmente, como centro natural é involuntario y necesario de todos los enemigos de la libertad. Su situación le obligaba á ello de una manera invencible; hiciera lo que hiciera, ausente ó presente, era el jefe obligado de la contrarrevolución. Luis XVI, sin querer seguir los planes de los emigrados, estaba con ellos en Coblenza. Luis XVI estaba en la Vendee, en todos los sermones de los curas y en todas partes donde el fanatismo preparaba sus artimañas. Todos los consejos de los curas ó de los nobles, aunque estuviera ausente, él los presidía; por él y para él, mártir fatal de la monarquía, todos los reyes de Europa soñaban con exterminar á Francia.

Jamás hubo Asamblea más joven que la Legislatura. Una gran parte de los diputados apenas tenía veintiséis años. Los que acababan de presenciar el de la Constituyente, los que aun la recordaban armónica, de diferentes edades, posiciones, trajes, quedaron admirados, casi aterrados á la vista de aquella asamblea nueva. Se presentó como un batallón uniforme de hombres casi de la misma edad, de la misma clase y vestidos de igual manera. Era como la invasión de una generación completamente joven y sin ancianos, el advenimiento de la juventud, que bulliciosa iba á despedir á la edad madura, á destronar la tradición. No mas canas; una Francia nueva con el pelo negro toma aquí su asiento.

Excepción hecha de Condorcet, de Brissot y de algunos otros, los demás son desconocidos. ¿Dónde están aquellas grandes inteligencias de la Constituyente, aquellas figuras históricas, asociadas eternamente en la memoria de todos los hombres al primer recuerdo de la libertad? ¿Los Mirabeau, los Sieyes, los Duport, los Robespierre, los Cazalés? Sus asientos, tan conocidos, en vano están ocupados; parece que están vacíos. No trataremos de caracterizar de antemano á sus sucesores. Su aire inquieto é impaciente, la dificultad que tienen de permanecer quietos nos aseguran que no tardarán en darse á conocer por sus actos. Por el momento basta con señalar allá bajo, en masa, la falange compacta de los abogados de la Gironda.

Un testigo muy respetable, nada entusiasta, alemán de nacimiento, diplomático durante cincuenta años, M. de Reinhart, nos refiere que en Setiembre del 91 había ido desde Burdeos á París en un carruaje público en compañía de unos girondinos. Eran los Vergniand, los Guadet, los Gensonné, los Ducos, los Fonfréde, etc.; la famosa pléyade en



que se personificó el genio de la nueva Asamblea. El alemán, espíritu muy cultivado, muy conocedor de las cosas y de los hombres, observaba á sus compañeros y estaba encantado. Eran hombres llenos de energía y de gracia, de una juventud admirable, de una verbosidad extraordinaria, de una ilimitada abnegación en sus ideas. Con todo no tardó en ver que eran muy ignorantes, de una extraña inexperiencia, ligeros, habladores y batalladores, dominados (lo cual disminuía en ellos la invención y la iniciativa) por las costumbres del foro. Y sin embargo el encanto era tal, que no se separó de ellos. «Desde entonces, decía, he aceptado á Francia como á mi patria.» No conseguí hacerle hablar más; la voz del anciano cambió; se calló y miró á otro lado. Respetaré este silencio de un hombre infinitamente reservado; pero no puedo menos de creer que desconfiaba de su corazón y temía salir de su frialdad obligada, bajo la poderosa impresión de aquel recuerdo demasiado vivo.

¡Juventud amable y generosa que tan poco debía vivir!... La mayor parte de ellos habían nacido para las artes de la paz, para las dulces y brillantes musas. Pero aquel tiempo era la guerra misma. Ellos, que llegaban entonces á la vida política, nacen de un soplo de guerra. La Gironda, que hablaba entonces de marchar en masa al combate, les enviaba como vanguardia. La situación les dió no sé que inquietud, qué turbación, qué ceguedad política, que les obligó á cometer muchas faltas, y se aminoraría mucho su importancia en la historia, si no surgieran majestuosos de entre las grandes sombras de la muerte.

Si se quiere medir el intervalo entre la nueva Asamblea y la antigua debe observarse este hecho. En esta la derecha es más numerosa. La derecha aristocrática ha desaparecido por completo. La Asamblea parece de acuerdo contra la aristocracia; se manifiesta especialmente animada contra la nobleza y el clero; su mandato estriba precisamente en anular su resistencia. En cuanto al rey, como luego veremos, está aun indecisa, poco predispuesta, es cierto, en favor del rey, de la nobleza y del clero, manifestándosele hostil, mas sin tener contra él plan determinado de guerra. Por lo demás, la monarquía, aun antes de ser atacada, ha perdido importancia desde la Constitución. Los únicos defensores que tiene el rey en la Asamblea Legislativa le llaman el *poder ejecutivo*, olvidando la parte que tiene en el poder legislativo, confesando tácitamente que la Asamblea, único representante del pueblo soberano, es también la única que tiene el derecho de hacer las leyes á las cuales el pueblo prestará su obediencia.

La primera ojeada de la Asamblea á la sala donde debía reunirse no le causó buena impresión. De antemano y sin esperar á que diera su opinión sobre el particular habían sido reservadas dos grandes tribunas en las que debían sentarse únicamente los diputados que habían formado parte de la Constituyente. Se notó con amargura que parecían una Cámara alta, para dominar la Asamblea. Se preguntó á qué obedecía aquel comité censorial que se reunía allí para juzgar, tomar nota de los

actos y de las palabras, dirigir por medio de señales, intimidar con miradas; ¿quién sabe? encargarse quizás en caso de duda de interpretar la Constitución con su propia autoridad, con la autoridad de los mismos que la habían hecho. Este comité, en caso de necesidad, apoyado por una protesta de *veto* real, hubiera dado al rey un falso derecho para obrar en contra de la Asamblea. Los mismos constituyentes dieron fuerza á estas hipótesis, manifestando, en una grave cuestión, su disenso desde lo alto de las tribunas. Tan bien lo hicieron que la Asamblea decretó que no reconocía ningún privilegio, y que todas las tribunas estarían abiertas al público. Ante la invasión de una multitud turbulenta, la sombra intimidada de la Constituyente se desvaneció para no volver á aparecer jamás.

Sin embargo, su obra, la famosa Constitución, hacía el 4 de Octubre su entrada solemne en la Asamblea legislativa, rodeada, guardada por doce diputados de los de más avanzada edad, «los doce ancianos del Apocalipsis». Camús, el archivero, no había querido confiarles este tesoro, no lo abandonaba, lo conservaba piadosamente, lo llevó á la tribuna, lo enseñó al pueblo, como otro Moisés.

En este momento los curiosos observan maliciosamente que la Asamblea va á jurar la Constitución que varios de sus miembros atacaron y que inmediatamente va á infringir. Jura fría, tristemente aumentándose el odio que siente hacia el poder difunto que la arranca aquella ceremonia tan poco sincera.

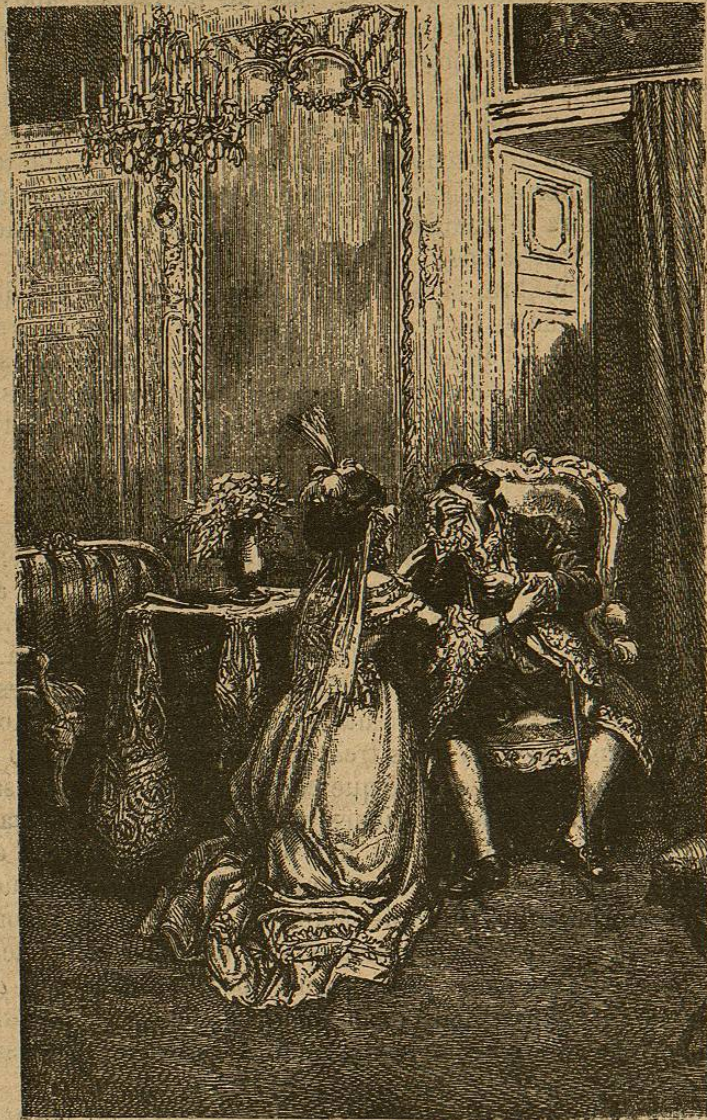
El rey se estrenó ante la Asamblea con una extraña torpeza. Cuando le preguntaron la hora en que recibiría la diputación, no respondió por sí mismo, sino por conducto de un ministro, diciendo que no la recibiría inmediatamente, sino á las tres. A la diputación, le dijo que no iría en seguida á la Asamblea, sino que esperaría tres días. La Asamblea creyó ver en estos afectadas dilaciones una insolente tentativa de la corte para demostrar la superioridad del poder que obligaba á esperar al otro. Varios diputados, entre ellos Couthon, propusieron, y fué aprobado, que se suprimiera el título de Majestad, que no se reconociera más título que el de *Rey de los Franceses*; que al entrar el rey se levantarán todos los diputados pero que en seguida podrían *sentarse y cubrirse*; y en fin, que en el estrado habría en la misma línea *dos sillones semejantes*, y que el del rey estuviese á la izquierda del presidente. Esto equivalía á suprimir el trono y subordinar al rey.

Si el cielo se hubiera desplomado sobre la tierra no se hubieran conmovido tanto los constitucionales como lo fueron con esta supresión del trono. Habían llegado á ser guardianes más celosos de la monarquía que los mismos realistas.

La banca, no menos asustada, manifestó sus temores con una baja enorme en los valores públicos. Del barrio de los banqueros, del batallón de los hijos de Santo Tomás, habían salido la mayor parte de los guardias nacionales que, unidos á la guardia asalariada habían hecho



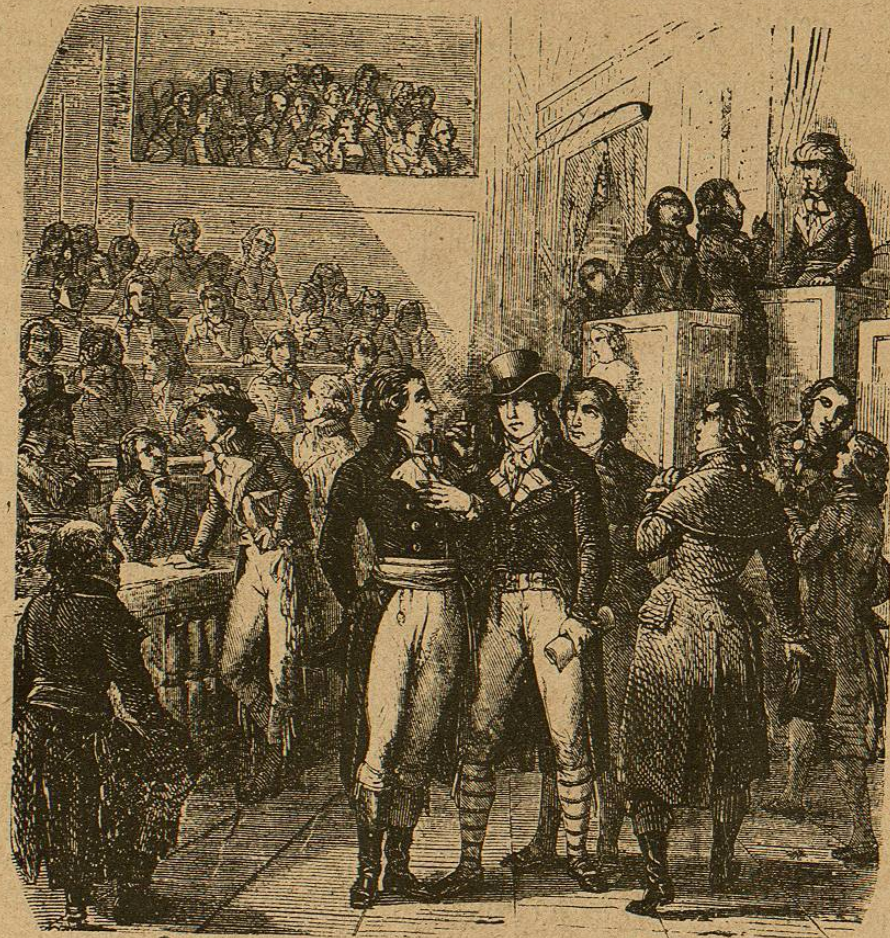
los disparos en el Campó de Marte; aquellos guardias nacionales eran agiotistas ó contratistas de palacio, gentes de la casa real, nobles oficia-



¡Ah señora! ¡Y habéis sido testigo de esta humillación! (Pág. 714)

les. Todas aquellas gentes muy comprometidas empezaban á temer. El 9 de Octubre el ejército parisiense, que constituía su fuerza, acababa de perder á su jefe, al que era hacía mucho tiempo su alma y la causa de su unión; me refiero á Lafayette. En virtud de la nueva ley, se había vis-

to precisado á dimitir, ya no había comandante general; cada uno de los seis jefes de división se encargaba del mando por turno. Los realistas y los fayettistas, muy alarmados, se agitaban, se multiplicaban, hacían propaganda en París, hasta el punto de hacer creer que iba á operarse en la opinión una verdadera reacción en sentido realista. Algunos fueron



Aspecto de la Asamblea legislativa en sus primeras sesiones (Pág. 718)

engañados por la prensa y por los hombres que de más cerca observaban de qué lado soplabá el viento popular. Hebert, el infame, *Pere Duchene*, aquel excremento del periodismo, bajamente ocupado siempre en servir todas las malas pasiones del pueblo, creyó que éste se inclinaba otra vez á la monarquía y durante algunos días se dedicó á hacer propaganda realista en su periódico, anatematizando y execrando del motín revolucionario. ¿Qué mas? por una indigna farsa, aquel ateo hablaba